



AÑO XVII

EL GLOBULO ROJO

Medicación ferruginosa del Farmacéutico don Avelino Ruiz Capillas...

ANUNCIO

Las oficinas de representación de las Compañías de Seguros...

La voz de la opinión

El elocuentísimo discurso que ha pronunciado en el Congreso el docto catedrático de Oviedo...

Las mismas teorías expuestas por cualquier orador político...

Nuestros gobernantes están gastados. La política quebranta mucho...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

Convenen también los que pronuncia la virtud de la consecuencia...

por Oviedo, su discurso no podía menos de producir el efecto que ha producido.

Habiendo como él ha hablado puede afirmarse que en sus labios se ha manifestado la inmensa mayoría de la opinión.

Través de la frontera

Lista de correos

Acaba de sucederle a un comerciante de París una aventura que, por lo común, merece consignarse en un periódico.

M. Benoit, esta es su nombre, casó, hace cinco años, con una joven hermosa y hechicera, cuya historia no es de las más lindas.

Pero el amor todo lo puede y el buen comerciante perdonó pasados deslices, bajo promesa de no volver a repetirlos.

La cabra tira al monte y la hermosa muchacha abandonó el hogar conyugal hace tres meses en compañía de su primer amante, quien también la abandonó.

Pero no adelantemos los acontecimientos, como hicieron en las novelas por entregas.

Hubo un día en que se cansó de esperar a su mujer y viendo que la ausencia se prolongaba y que además se encontraba solo como un honrado, decidió buscar un día de descanso en una compañía en estas largas noches de invierno.

Quería una joven a su lado, pero no tan inoportuna como la primera y al efecto publicó en los periódicos un anuncio concebido en estos ó parecidos términos:

«Una señora, generosa y amante, sobre todo, desea entrar en relaciones etc. etc. Lista de correos, iniciales P. O.»

Entre las mil proposiciones que recibió llamó su atención una de ellas, escrita con máquina y firmada por R. M.

La epístola era muy larga y sentímona en ella contaba R. M. una historia. Tenía veinticuatro años, era honrada, bella y enamorada. Su familia la había casado con un viejo agrónomo rico y enterado del coturno y no pudiéndole resistir le abandonó, porque era el ser más desagradable de la tierra.

Sus papeles no quisieron recibirla, y abandonada por un hombre en quien había puesto su cariño, se hallaba sola y diestra a enamorarse de un hombre rico, generoso y etc. que se anunciaba en el periódico.

«¡Pobre mujer! exclamó el bueno de Benoit. —Su historia tiene alguna semejanza con la mía.»

Y como no se acordaba de la original, escribió una carta en la plaza de Cluchy:

«Llévate en la mano, la decía, un ramo de flores y un periódico, y así te iré leyendo y recibiendo noticias de ti.»

Y vestido de todas galas se situó en el sitio indicado, en donde ya le esperaba su bella desconocida.

«¿Qué quieres que te diga? exclamó ella, leyendo la carta con indignación al reconocerla. Era su propia mujer, la que le abandonó en compañía de su amante y robándole además su dinero.»

«¡Mujer adúltera! exclamó. —Año tras año las pagarás.»

«¡Viejo avaro! exclamó el celoso. —Ambos esposos se casaron a brazo partido, así como se enteró de la original, obligó a reservar.»

El matrimonio dio con sus huesos en la cárcel, seguido de la rechifla del público que se enteró de la original, cuyo final no era el que esperaba el buen Benoit.

En aquella época en que se realizaban las obras de construcción del ferrocarril de la costa rara era la semana en que no se registraba algún sangriento suceso en que figurasen como principales actores los obreros que en ellas tomaban parte.

Diez años las cosas y con ellas terminaron las vidas, pero por desgracia vuelven a surgir de nuevo con motivo de otras obras.

La construcción del tranvía de esta ciudad a Hernand ocupa á bastantes obreros que ya han sostenido algunas pendencias con los naturales del país, pero ninguna tan sangrienta como la que se sigue.

Muy desagradable es todo esto y más cuando esos hechos solo pueden servir de tristes ejemplos que de enseñanzas para el pueblo.

Se ha confirmado una vez más aquel antiquísimo adagio que dice, con una brevedad que no admite réplica, «harto de carne, se metió traca». Dan cuenta los periódicos de que en un convento de Lisboa ha muerto un sujeto en que no se registraba algún sangriento suceso en que figurasen como principales actores los obreros que en ellas tomaban parte.

Diez años las cosas y con ellas terminaron las vidas, pero por desgracia vuelven a surgir de nuevo con motivo de otras obras.

La construcción del tranvía de esta ciudad a Hernand ocupa á bastantes obreros que ya han sostenido algunas pendencias con los naturales del país, pero ninguna tan sangrienta como la que se sigue.

Muy desagradable es todo esto y más cuando esos hechos solo pueden servir de tristes ejemplos que de enseñanzas para el pueblo.

Se ha confirmado una vez más aquel antiquísimo adagio que dice, con una brevedad que no admite réplica, «harto de carne, se metió traca». Dan cuenta los periódicos de que en un convento de Lisboa ha muerto un sujeto en que no se registraba algún sangriento suceso en que figurasen como principales actores los obreros que en ellas tomaban parte.

Diez años las cosas y con ellas terminaron las vidas, pero por desgracia vuelven a surgir de nuevo con motivo de otras obras.

La construcción del tranvía de esta ciudad a Hernand ocupa á bastantes obreros que ya han sostenido algunas pendencias con los naturales del país, pero ninguna tan sangrienta como la que se sigue.

Muy desagradable es todo esto y más cuando esos hechos solo pueden servir de tristes ejemplos que de enseñanzas para el pueblo.

Se ha confirmado una vez más aquel antiquísimo adagio que dice, con una brevedad que no admite réplica, «harto de carne, se metió traca». Dan cuenta los periódicos de que en un convento de Lisboa ha muerto un sujeto en que no se registraba algún sangriento suceso en que figurasen como principales actores los obreros que en ellas tomaban parte.

Y llegó a prior como si hubiera vencido el último hubiera llegado a «héroe» entre las huestes faciosas.

«¿Es un arrepentido? Es posible, o que en algunas ocasiones la conciencia le haga sentir el dolor, hábil a las fieras humanas que andan por ahí sueltas arañando á todo el mundo despues de haberle lamido las narinas.»

El comando de los sirtos fue por lo delirante y se comenaba ayer el fabuloso precio alcanzado por un violonchelo.

La condesa Lochio, hija del violonchelista de Birgann, Alfredo Platti, muerto recientemente, ha vendido al banco de Mendelssohn, de Berlín, en la cantidad de 100.000 francos, el violonchelo que usó el mencionado concertista.

El conde de los sirtos es sobrino del inmortal autor de «El sueño de una noche de verano».

Posee una colección notable de instrumentos musicales y de varios autógrafos de compositores célebres.

Por noticias recibidas en esta ciudad se sabe que han regresado á Madrid los señores de Valdegrana para tomar parte en una de las notables caserías con que obsequia todos los años á sus amigos en un magnífico coto de Madrid.

Suelen ser siempre famosas estas caserías; pero la última ha sobrepujado á las anteriores, como lo demuestra el siguiente extracto de un periódico cobrado por cada uno de los cazadores en los siete días que ha durado la partida:

«Marqués de Villavieja de Asturias, 472; don Julian Olivares 371; marqués de Villamayor, 365; marqués de Irujo, 285; conde de Valdegrana, 277; don Federico de Luna, 246; don Juan Goizena, 200; donde de Arón, 219; don Juan Goizena, 200; donde de los Castillejos, 193; los guardas, 158. En total, 3.013 perdices.»

El último día se cobraron 550 entre todos, una sola escopeta mató 90 perdices en un día, y en un solo ojo 300. ¡Es matar!

«Los señores abundan las liebres en aquel coto como otras veces. Solo se han cobrado 101, cuando ha habido cacería en que se mataron 136 en un solo día.»

El último día se hizo un juego de reses, y fueron muertos seis jabalíes; de ellos, dos por el conde de Valdegrana, uno por donde de Luna, y uno por donde de Arón, respectivamente, por el marqués de Villamayor y el señor Goizena.

Estos tres señores particulares amigos de los señores de Valdegrana en San Sebastián son de los que mejor aprovechan el tiempo, pero todos los cazadores se creían de serio excelentes.

A las muchas conquistas que don Juan Tenorio hace constar en su lista tiene que añadir una más y ésta es de reciente fecha.

Nada menos que el público doctorado ha sido el conquistado por el rapto de doña Inés y anoche acudió á su casa llenado por delirantes con aquellos versos que el gran Zorrillo escribió sino con perfección, si recogiendo en ellos mucho del carácter de un poeta y mucho de un crítico, aunque ninguno de la importancia del que nos presenta el vate vallesolano.

«—Muchocho, cómo vienes con las narices hinchadas y arrojando san gre?»

«—He encontrado á mi enemigo Luis.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

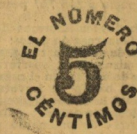
«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»



Núm. 6.913

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»

«—¿Y te ha hecho cara?»

«—No, señor; me la ha deshecho.»